

LA CULTURA Y EL DESARROLLO ECONOMICO: EL CASO DE UNA COMUNIDAD PUERTORRIQUEÑA

E. SEDA BONILLA*

POR UN período de alrededor de 15 años la imagen que de Puerto Rico se ha proyectado ante el mundo, es la de un país cuya madurez política ha alcanzado tal nivel que se le podría considerar como "vitrina de la democracia" en América. También ha sido presentado como un modelo ejemplar, de lo que puede lograr un país sub-desarrollado en asociación estrecha con los Estados Unidos.

Desde varios años a esta parte han desfilado como admiradores del "milagro de Puerto Rico", y como aprendices del "know-how" que lo ha hecho posible, una larga fila de visitantes de países tales como Nigeria, India, Colombia, Pakistán, Ghana, Perú, Ecuador, Venezuela, Chile y otros. Puerto Rico, se dice y se repite, constituye un modelo de desarrollo político, económico, social y cultural, que muy bien podrían imitar, para su propio beneficio, los países sub-desarrollados del mundo.

Y no dejan de ser impresionantes los índices que se pueden aducir en evidencia del desarrollo económico de Puerto Rico. El índice de mortalidad de 18.4/1000 en 1940, se reduce a 9.9/1000 en 1950 y se mantiene en 7.6/1000 en el 1954. La esperanza promedio de vida se aumenta en el mismo período de 46 años a 69 años. Se reduce considerablemente el analfabetismo mediante cuantiosas inversiones en la educación. Alrededor de una cuarta parte del presupuesto de Puerto Rico se dedica al sistema de educación pública extendiéndose así las oportunidades de educación superior a grandes sectores de la población que por razones económicas se veían privados del disfrute de este derecho en el pasado. La salud del pueblo se ha convertido en objeto de cuidadosa atención mediante programas en los cuales se provee agua potable aún en los sitios más recónditos de la Isla. Se protege la salud del pueblo mediante la reglamentación del expendio de ali-

* Catedrático asociado y director del Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico.

mentos, el saneamiento ambiental, la vacunación contra enfermedades contagiosas, la erradicación de focos de contagio de uncinariasis (mediante un programa de repartición de letrinas al campesino y de educación sanitaria) y toda suerte de programas preventivos, que tienden a reducir la mortalidad y a incrementar las esperanzas de vida.

Los servicios médicos que se ofrecen en los Centros de Salud, hospitales y dispensarios municipales a la población escasa de recursos económicos, compara favorablemente con los que recibe la población de ingresos más altos por empresas de servicios médicos privadas. El número de camas en los hospitales públicos de Puerto Rico ha aumentado de 3800 en 1942 a 8,435 en 1958.¹

La Autoridad de Tierras ha relocalizado un total de 55,717² familias que antes vivían en condiciones de agregados en tierras que no les pertenecían. Ahora estas familias viven en parcelas con título de usufructo permanente. Un total de 16,541 familias han construido sus hogares mediante un programa de ayuda mutua y esfuerzo propio en el cual el gobierno provee a crédito los materiales y la ayuda técnica y la comunidad los construye con mano de obra cooperativa. Mediante un programa de construcción de caseríos públicos se ha relocalizado un total de 28,693 familias, muchas de las cuales vivían antes en un nivel sub-humano de albergue, en arrabales que se contaban entre los peores del mundo. El ingreso per capita del puertorriqueño ha aumentado de \$ 121 en 1940 a \$ 399 en 1952 para alcanzar los \$ 630 en 1960.³

Las condiciones de vida dan indicios de opulencia en una gran

¹ Estudio sobre servicios médico hospitalarios, Departamento de Salud y Escuela de Medicina de la Universidad de Puerto Rico (1960), p. 53.

² *Alma Latina* (agosto, 1962), p. 13.

³ El 78% de las inversiones en Puerto Rico durante el año pasado pertenecían a corporaciones norteamericanas, de acuerdo con la información del periódico *El Mundo*, de enero de 1961. En un artículo sobre "Lo que no se dice sobre nuestro desarrollo económico", en la revista *Boricua*, edición de diciembre de 1962, el licenciado Eladio Rodríguez Otero cuestiona la validez de la cifra de \$3,000 al año que por primera vez alcanzó la familia promedio de Puerto Rico según el censo de 1960.

"Es cierto que esa cifra, a primera vista, nos impresiona. Pero el "ingreso promedio" de la "familia promedio" es una abstracción de los economistas, que tiene su utilidad específica, pero en la cual no puede ni debe fijarse más de un instante un gobernante, pues no indica la situación real de la gran mayoría de nuestras familias.

De las cifras del censo de 1960, que se acaban de publicar en Washington, incluyendo en los cálculos "familias y personas no relacionadas" resulta que solamente el 18.2% de las familias tienen más de tres mil dólares al año, siendo el promedio para el 81.7% de las familias restantes inferior a mil trescientos sesenta y siete dólares al año (3), o sea:

más de \$3,000 al año		18.2%
entre \$3,000 y \$1,000 al año		33.8%
entre 3,000 y 2,000	11.7%	
entre 2,000 y 1,000	22.1%	
menos de \$1,000 al año		47.9%
entre 1,000 y 500	16.9%	
bajo 500	31.0%	

parte de la población. Un gran número de hogares ha sido construido en urbanizaciones privadas mediante préstamos de la Federal Housing Association (FHA) y son muy pocos los hogares de estas urbanizaciones que no están equipados con el más moderno artefacto de refrigeración, fonógrafo, radio y televisor. El automóvil, el teléfono y el aire acondicionado han venido a formar parte de lo que se concibe como indispensable en un número considerable de hogares puertorriqueños.

El estilo de vida de la sociedad opulenta se ha apoderado de la voluntad de un gran número de puertorriqueños y los rasgos despampanantes de ese estilo de vida, se hacen evidentes en los sectores más numerosos de nuestra población. Por todas partes nos tropezamos con el super-mercado atiborrado de productos con precios "al barrer", el "lay away plan", el "compre ahora y pague después", las compras a plazos "cómodos", el anuncio unas veces insinuante y otras veces repetitivo y chillón. La culminación hipertrofiada del proceso manipulativo de la economía de abundancia, el consumidor ostentoso pertrechado de todas las cosas que le dan "prestigio social", es ya también una realidad en Puerto Rico.

En el examen público de logros y fracasos obtenidos en el plan, consciente e inconsciente, que orienta la formulación de programas de desarrollo en Puerto Rico, no son frecuentes las ocasiones en que se han tomado en consideración los valores culturales. No obstante, es evidente que existe cierto grado de preocupación según se expresa en lo que ha venido a conocerse como "operación serenidad", y en el decir reiterado de que la economía no es un fin en sí, sino un medio para la realización de objetivos humanos.

Para poder incorporar el aspecto cultural, en tal evaluación sería necesario realizar investigaciones de "seguimiento", de estudios realizados en el pasado en los cuales se pudiesen medir con algún grado de precisión los cambios en las actitudes, modos de comportamiento y valores sustentados por las personas en los distintos sectores de la población, en uno u otro momento dado. Habiendo tenido la fortuna de participar en el estudio de una comunidad auspiciada en el 1948 por la Universidad de Puerto Rico y la Fundación Rockefeller, hemos considerado oportuno realizar una investigación de seguimiento en esa misma comunidad en el 1959, con el propósito de llevar a cabo un número de comparaciones sobre la estructura de la convivencia en ambos períodos. A continuación ofreceremos algunos de los hallazgos de re-estudio de esta comunidad.

Sería interesante determinar la porción del ingreso nacional que reciben las familias con ingresos sobre \$3,000.00 al año.

En este estudio intentamos captar la estructura de la convivencia en un esquema conceptual que presupone que el carácter general de la complementariedad recíproca de las relaciones interpersonales se origina en un substrato cultural que provee a los participantes de entendimientos que cada cual comparte en común con sus semejantes, en cuanto a cuáles son los atributos que tienen valor de identidad en toda situación interpersonal y cuáles son los compromisos (derechos y obligaciones recíprocas) adscritas a estas identidades. La legitimidad de lo que cada cual asume ser en sus relaciones con otros, así como lo que supone como derecho, prerrogativa u obligación, por ser quien es, se deriva del cuerpo de comprensiones comunes de la cultura.

Esto quiere decir que si lo que una persona supone ser o lo que demanda como prerrogativa de su identidad interpersonal, corresponde a lo que otros han aprendido a suponer como legítimo, el comportamiento resulta inteligible y tiende a evocar reacciones complementarias y asimismo predecibles para los participantes. Por lo contrario, cuando lo que una persona supone ser, no corresponde a lo que han aprendido a reconocer como identidad legítima los que con él participan en el sistema, estas 'pretensiones' producirían reacciones de hostilidad o indiferencia. Tanto la desestimación de reclamos de identidad, como las reacciones de rechazo ofensivo, producen confusión y desconfianza entre las personas envueltas. A largo plazo las situaciones de la erosión cultural, anomía o super-imposición de normas extrañas a una cultura tenderían a crear suspicacia, indiferencia, apatía e inseguridad generalizada en la convivencia.

Este esquema de supuestos teóricos tiene el efecto de limitar y agudizar la observación de los objetos que funcionan como *credenciales* de identidad en la estructura de la convivencia de la comunidad.

Si nos acercamos a la comunidad a través de la institución de la plaza de recreo encontramos el siguiente cuadro convivencial comparado. La plaza de recreo que he conocido en el pasado era un centro agitado, de continua discusión e intercambio de ideas. Durante las horas de ocio, podíamos escuchar y aprender sobre inquietudes intelectuales y humanas de gran trascendencia. Se discutía en la plaza de mi pueblo el valor filosófico de la obra de Eugenio María de Hostos, el valor del arte moderno, la danza puertorriqueña, la poesía de Neruda, las corrientes de pensamiento político contemporáneo y muchos otros problemas del saber humano. La plaza, además de ser algo así como una Universidad popular,⁴ representaba el lugar de congrega-

⁴ En un discurso de duelo por la muerte del licenciado Ernesto Ramos Antonini, el licenciado M. A. García Méndez hizo un recuento de sus años de estudiante en el cual se hace alusión a discusiones que tenían lugar en la plaza de Río Piedras en donde ambos oradores debatían hasta altas horas de la noche.

ción de todo el pueblo y en ella se ponían en contacto las personas y se mantenía viva la comunicación por donde transitaba el sistema de cultura tradicional.

Si tenemos este cuadro cultural como punto de comparación con el de la comunidad que estamos estudiando, encontramos que la plaza de recreo en el pasado constituía el centro de reunión en donde las personas compartían ideas e intercambiaban información sobre el estado de cosas, las noticias internacionales, la economía, la política y los acontecimientos locales. En el presente, la plaza de Nocora es un desierto nocturno. Cuando preguntamos la razón por esta retirada nos dicen que "la gentuza ha invadido la plaza". Desde luego, que la asistencia a la plaza, por personas de clase social baja en el presente, es, si algo, menos asidua que en el pasado. Este hecho indica que otras son las razones para esta retirada. Creemos que la razón verdadera estriba en el hecho de que en el pasado la identidad interpersonal de los que participan en esta institución estaba claramente definida y las relaciones interpersonales fluían espontáneamente. En el presente, los criterios de identidad tradicionales han sido sustituidos por otros de naturaleza más concreta como el de buena fortuna. La buena fortuna puede comprar elementos de credencial, que tienen la cualidad de ser "visibles" en comparación con las credenciales tradicionales del saber, la familia, la amistad y la dignidad. Las personas que reclaman identidad a base de estos criterios ya anacrónicos, no reciben "el reconocimiento debido" y como resultado abandonan el terreno para asociarse en organizaciones formales privadas. Se descalabra así, la institución de la plaza y en su lugar, surgen organizaciones formales de corta duración desintegrativas del sistema de comunicación e interacción colectiva del pasado.

En la zona rural del mismo municipio, dieron en llamar "jíbara" a la viva curiosidad que impele al descubrimiento de lo desconocido. El valor tradicional (jíbaro) de la sabiduría entra en conflicto con "valores" importados de arrabales neoyorquinos que podríamos llamar "cool poise". En este estilo las personas no tienen nada que discutir porque lo saben todo y después de todo nada les interesa ni les preocupa. El "mén" no debe inmutarse ante nada —eso no sería "cool". La curiosidad y el deseo de saber constituyen "malos modales", y los malos modales son para los jíbaros. El precio es apatía, insensibilidad y hastío.

Esta generación ha sido depositaria de un gran número de servicios y oportunidades inexistentes en el pasado. Las madres reciben atención médica y alimentos desde los primeros meses de su embarazo. Los partos son atendidos en el hospital y las madres reciben alimentos y leche para el bebé desde el nacimiento hasta el segundo año de

edad. Luego, a los dos años, los niños empiezan a desayunar en la estación de leche y cuando llegan a la escuela almuerzan en el comedor escolar.

Estas oportunidades, bien entendidas, deberían producir una población saludable, fuerte y animada. Lamentablemente, el resultado no ha sido ese. Con todas las oportunidades de alimentación, transportación, zapatos y becas provistas por el gobierno, muy pocos estudiantes de la generación joven continúan más allá del octavo grado.

La crisis de la educación está estrechamente relacionada con el problema de la pasividad y la dependencia, en lo que concierne a esa comunidad. Las conversaciones con estos muchachos revelan un descontento amorfo contra lo que ellos han dado en llamar "los viejos brutos de antes", que se mataban trabajando. Es casi unánime la ambición de conseguirse "un empleíto a la sombra" en donde no hay "que matarse mucho". La palabra que destila oralidad pasiva en esta generación es el "guiso", cosa que se aprovecha no porque en verdad se desee, sino porque está ahí. Aun el derecho del ser humano a la educación se ha desnaturalizado al contaminarse con la sicología del "guiso". Muy pocos poseen las actitudes de pensamiento crítico, o la curiosidad necesaria para conseguir una educación superior. Al mismo tiempo rechazan como cosa de viejos brutos el trabajo de la agricultura, quedándole como alternativas las de emigrar a los Estados Unidos o depender completamente de los padres. Muchos de los que emigran regresan a la comunidad atormentados por un descontento amorfo y la esperanza de encontrar satisfacción de deseos vagamente definidos. Caminan como personajes extraviados y vuelven a desaparecer sin explicarse por qué quieren irse.

La riqueza expresiva del español arcaico que aún conservan sus padres, las frases pintorescas, y la viveza de la expresión campesina, los aguinaldos, acompañados por la guitarra, güiro y la marimba, los rosarios "cantaos" en donde se congregaban y contaban cuentos, chistes y adivinanzas, todo se ha echado por la borda como cosa de jíbaros por esta joven generación. Los viejos cantaores que daban soltura a la creatividad en versos improvisados, hoy son objeto de mofa entre los grupos jóvenes dizque urbanizados y modernizados. El caudal de sabiduría, en el "canto por" la geografía, por la astronomía, por la historia, por lo sagrado, por el amor y el desprecio, por el descubrimiento de Colón y por las aventuras de héroes locales, ha ido desapareciendo ante el impacto de la mano torba del ridículo y en renegar de lo auténtico. La gama institucional del pasado está condenada a desaparecer en esta generación.

Los resultados de exámenes psicológicos a una muestra de la po-

blación de esta comunidad, administrados por los doctores Carlos Albizu Miranda y George Witt, revelan una alarmante proporción de enfermedades mentales en la generación joven. La vieja generación empieza a refugiarse en las prácticas de control mágico que le ofrece el espiritismo y la participación en esta religión es asombrosamente alta.

Otra de las cosas que resaltan a la vista en nuestro estudio, no ya de esta comunidad sino de todo Puerto Rico, es el amorfismo en que ha caído el significado del concepto libertad. Libertad se define en términos negativos y la mera mención de la palabra produce desconcierto e incomodidad. En la cultura de esta comunidad no hay lugar para este concepto, y la consecuencia de éste no es solamente de índole política sino que también tiene repercusiones destructivas de la espontaneidad y la creatividad. No creo que exista un solo parcelero en esta comunidad que entienda que las fincas de Beneficio Proporcional son fincas manejadas bajo un principio cooperativo. La suspicacia de antaño, desde luego, haría difícil que se arriesgaran a tanto. En lo que concierne a la cultura de esta comunidad los programas de desarrollo de nuestro gobierno han fracasado trágicamente. Contando como cuentan, con las tierras más fértiles del municipio, con el equipo agrícola más moderno en el mercado, y con grandes recursos económicos, los programas de reforma agraria funcionan con pérdidas, por haber descontado el factor cultural que concita la acción vigorosa y creadora del hombre. Sin saber o sin querer, los que manejan estos programas de desarrollo económico y social han empujado al campesino por haberlos hecho más dependientes.

En lo que respecta a los objetivos de dignificación de la reforma agraria, la impersonalidad de los administradores ha producido tal resentimiento en el obrero que cuando hablan de ellos les llaman "el capital" —"el que está en contra de los pobres". El significado de este programa de emancipación obrera quedó en el limbo que separa la cultura del pasado y la que anima los programas de reforma y mejoramiento.

En 1943, cuando se empezó a implementar el programa de reforma agraria, se abolió la posición social del hacendado, que enmarcaba una relación recíproca y complementaria con el peón. No obstante las casas grandes y las oficinas de los grandes terratenientes fueron ocupadas por la nueva clase de "dueños": el administrador entrenado en técnicas de gerencia y producción eficiente. Creemos que lo que sucedió en ese momento fue que el peón proyectó en el nuevo administrador la identidad de la posición anacrónica del viejo terrateniente y éste, sin atinar o comprender la situación cultural, actualizó entendimientos que no complementaban las expectativas anacrónicas del

peón ni ayudaban a proveerle el sentido legítimo de su nueva identidad redimida. El peón nunca aprendió la verdad de que había dejado de ser peón, para convertirse en usufructuario de una empresa socializada.

En esta situación de anomia, el político, conocedor intuitivo de las actitudes y entendimiento del peón, empezó a asumir el rol del antiguo terrateniente. Les "daba" medicinas cuando estaban enfermos, les "mandaba" la ambulancia y les "pagaba" el médico. Las funciones legítimas de un cargo político en la estructura de un gobierno democrático se empezaron a dispensar, no como derechos del ciudadano, sino como favores personales. El significado social de la reforma, que era la de llevar al pueblo un más alto sentido de dignidad y responsabilidad nunca se plasmó en realidad, en esta comunidad.

Más reciente aún se diseñó un programa de ayuda mutua y esfuerzo propio con miras precisamente a educar la comunidad en el entendimiento de las potencialidades productivas de la acción cooperativa. El resultado objetivo se logró. Se fabricaron casas por casi todas las familias; pero el significado social de esta acción tampoco pudo trascender el esquema cultural que les interpreta como favores personales que comprometen el agradecimiento y no como derechos que dignifican. El resentimiento sicodinámico que genera el "agradecimiento", explica el hecho de que, al final de la obra, se habían hurtado casi todos los baldes de cargar cemento y otros materiales de construcción.

Ante este estado de cosas, los objetos pierden su verdadero valor, es decir, no adquieren un significado compatible con un estado democrático liberal en donde el ser humano tiene derecho a una vida decente. La casa construida cooperativamente no constituye así un ejemplo de la energía creadora que puede ser generada por la acción cooperativa. Por consiguiente, se malogran las potencialidades productivas que pudiesen resultar de este tipo de iniciativa comunal en el futuro.

Todavía a estas alturas sobrevive en la mente de las personas en esta comunidad el concepto del gobierno cuya autoridad no tiene límites y cuya solvencia económica es tal que puede resolverle todos los problemas. El personal administrativo de agencias gubernamentales no ha logrado transmitir en sus relaciones con esta comunidad una imagen social del servidor público compatible en la estructura de convivencia democrática.

Con respecto a índices de salud mental, los doctores Albizu y Witt calculan que alrededor de un 60% de los miembros de esta comunidad sufren de trastornos de personalidad suficientemente serios

como para impedir el ejercicio normal de las facultades intelectuales y emocionales con que están dotados. Es posible cuestionar la validez del diagnóstico de la personalidad hecho a través de Rorschach. No obstante, es en cierto modo corroborativo de este diagnóstico el hecho de que un 60% de los enfermos que acuden en busca de servicios médicos padecen de enfermedades de origen psicosomático de acuerdo con la opinión de varios médicos. Póngase la cifra 60%, en 50%, o en 40%; el caso es que si se tratara de cualquiera otra enfermedad, esto sería causa de alarma inmediata y se movilizarían grandes recursos para detener lo que sería considerado como epidemia.

La erosión de elementos de identidad y de orientación interpersonal produce en esta comunidad un constante deterioro en las relaciones entre personas. Las personas no saben por qué otras personas se comportan de la manera que lo hacen. La erosión cultural produce ambigüedad en la definición de la propia identidad interpersonal. La confusión de cuál es la conducta pertinente y la consecuente confusión, incomprensión y desesperación, es la nota característica de la convivencia en esta comunidad. Sospechamos que uno de los resultados de esta falta de significado o amorfismo cultural en la comunidad, es el marcado incremento que en los últimos 10 años han tenido las creencias de ser objeto de persecución mediante hechizos y la búsqueda de protección mágica contra éstos.

Es posible, como muchos alegan, que estas tendencias existen con igual intensidad en otros países. Es cierto que, en un informe publicado recientemente por el *New York Times*, se estima que un 50% de los niños que asisten a escuelas públicas en Nueva York necesitan ayuda psiquiátrica inmediata. También es cierto que 2.564,184 de los inscritos llamados al ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial fueron rechazados por razones psiquiátricas. Lo que no es cierto es que los males que aquejan a otros justifiquen nuestra complacencia. Puerto Rico es un país de escasos recursos y aparte de otras consideraciones humanas igualmente importantes, el despilfarro de potencialidades productivas podría echar a pique los programas planificados que en beneficio de la educación y economía de la sociedad puertorriqueña se están llevando a cabo.

Antes de terminar, deseo hacer claro que no debe entenderse este planteamiento como uno en que se critican las mejoras en las condiciones de vida y en las oportunidades introducidas en esta comunidad. Nada podría estar más lejos de mi ánimo, conociendo como conozco la extrema pobreza en que vivía esta comunidad en el 1948. A lo que me opongo es a que los servicios que se ofrecen a esta comunidad no hayan podido multiplicarse en sus funciones positivas al darle a la

gente un sentido de dignidad personal. Creo que es responsabilidad de todo gobierno democrático, hacer viable la convivencia en una estructura social en donde se logren cabalmente las potencialidades creadoras y libertilizantes del ser humano; y los factores culturales desempeñan una función importante en el logro de ese objetivo.

La oposición o la planificación cultural es insostenible. Los cambios en el sistema económico no producen *ipso facto* alteraciones ajustativas en el sistema social, por lo menos a corto plazo. Los conocimientos con que contamos hoy día hacen innecesarios el que los países en proceso de industrialización incurran en el enorme costo de desajuste que acarreó la revolución industrial en los países occidentales.

Tan insostenible como la posición marxista-vulgar que asume que sólo es necesario cambiar las condiciones materiales para que ocurran cambios en la super-estructura cultural, es la posición de *laissez-faire*, que desaprueba todo intento de planificación, inclusive la planificación social, por considerarlo como intervención impropia que viola la libertad del individuo.

El hecho real es que las decisiones de las personas incluidas con autoridad y poder, siempre tienen consecuencias para las personas sobre quienes se hacen y estas personas las interpretan inevitablemente como recompensa o castigo. Si la recompensa y el castigo son los instrumentos sociales básicos para la formación de hábitos entonces la cuestión de si los agentes de la autoridad pública afectan o no los hábitos colectivos, resulta académico. La cuestión no es si se planifica o no, sino si se planifica bien o mal esos hábitos sociales que han de reforzarse inevitablemente a través de las ejecutorias de los servidores públicos que controlan las fuentes de poder y la Autoridad legítima del estado. En otras palabras por la naturaleza misma del poder, las personas que ocupan posiciones influyentes, en sus decisiones diarias, consciente o inconscientemente, están siempre recompensando y castigando, es decir, reforzando hábitos en sus subalternos, así como entre los que reciben los servicios. Sin un plan consciente se exponen a reforzar hábitos sociales que, por su dinámica, rebotan en contra de los propósitos para los cuales han sido creadas las posiciones que desempeñan en el programa general del gobierno.